

lo hubiesen buscado por el sistema, los gustos y la filosofía de Rabelais? Todo el Renacimiento, transcurridos muy pocos años, zozobraría ya en el protestantismo, el protestantismo estaría amenazado de degenerar en un republicanismo, y el republicanismo hubiera llegado á ser una pronta barbarie; se hubieran visto dos siglos más de movimiento popular, que nosotros llamamos socialismo, y entonces el turco triunfante hubiera estado allí para absorber toda la Europa, como acababa de apoderarse de Bizancio. Mas afortunadamente había en la Iglesia hombres fuertes y llenos de virtud y de abnegación que despreciaron las seducciones del orgullo y de la falsa ciencia, á las cuales los autores y partidarios de la revolución se rendían cobardemente, y esos héroes á quienes el turco encontró invencibles é incorruptibles amaron y defendieron la fe católica y la civilización cristiana hasta subir serenos y con admirable valor al patíbulo que les levantaba la herejía. Al mismo tiempo que con su sangre salvaban la santidad del dogma, salvaban también la dignidad de la ciencia, la hermosura del arte, la moral, la filosofía, el derecho, la política, todo lo que la revolución pretendía conocer mejor que ellos y todo lo que en manos de ella estaba en peligro de corromperse; todo lo salvaron y lo aseguraron, bajo el amparo de la cruz. Con ese fin sacrificaron su juventud y su existencia, pasaron su vida en medio de los mayores trabajos y angustias, murió un número considerable de ellos en los suplicios; pero, al fin, la cruz venció y triunfó de sus enemigos. Esa es la razón poderosa

de que se ame á la Iglesia, y de que se la ame siempre, por más que pese á los sofistas y á los verdugos, que manifestaron entonces, como en todas ocasiones, hasta qué punto la detestan y aborrecen.

Las guerras del protestantismo se terminaron, ó, por mejor decir, se suspendieron, por transacciones peligrosas en las que no se quisieron escuchar los sabios consejos y avisos de la Iglesia. La herejía conservó una parte de Europa, y quedaron en poder suyo la Escandinavia, inmensos territorios de Alemania, toda la Inglaterra, en donde Irlanda no fué más que una provincia mártir. Permanecieron siendo católicas Francia, Italia, España, Portugal, los Países-Bajos, la Polonia, algunos cantones de Suiza y las regiones subalpinas, quedando así Europa dividida y en estado tan desfavorable, expuesta á los complots y manejos del protestantismo. Sin embargo, la paz religiosa se mantuvo entre las naciones, y las guerras de los siglos XVII y XVIII casi fueron ya exclusivamente políticas.

LA FRANCIA.—REINADO DE LUIS XIV

Francia, Italia y España continuaron desplegando una actividad laudable, fecunda y gloriosa; y sobre todo, la Francia, bajo el reinado de Luis XIV, dominó el mundo por su política, por el éxito de sus guerras, por su literatura, por su movimiento científico y por las artes. Tuvo en todos los ramos hombres

eminentes, y las demás naciones eran sus émulas y sus imitadoras. Un gran número de los hombres de genio que la elevaron á un apogeo tan asombroso eran sacerdotes, todos inspirados y fermados con las luces de la fe católica. Ese período histórico de la Francia, por su esplendor exterior, fué profundamente cristiano desde el principio hasta el fin. Entonces reinaba en la nación el orden, el esplendor, la magnificencia, y la riqueza y el bienestar constituían por doquiera su fisonomía y su fiel expresión. Fué aquel período grave, sonriente, majestuoso, rodeado de una pompa que le era propia y nacía de él mismo, llevando un fondo de sencillez y de honradez en sus usos y costumbres, que enaltecía sus condiciones y cualidades.

Son tipos y fiel expresión de su espíritu religioso San Francisco de Sales, San Vicente de Paul, Ollier, fundador de la Compañía de San Sulpicio, destinada á la formación de los sacerdotes y dirección de los seminarios, y el venerable La Salle, fundador de los hermanos de la doctrina cristiana. Todas esas almas tan hermosas no se diferencian y todas son semejantes, pues fueron santas, contemporáneas y movidas de los mismos sentimientos hacia la Francia y hacia la Iglesia. Esos hombres, tan esclarecidos con un conocimiento profundo, y pudiera decirse casi profético, de las necesidades particulares de su época y de las futuras necesidades de la Francia, fundaron familias religiosas destinadas á desempeñar un gran papel y alto servicio por un largo porvenir. San Francisco de Sales, dotado de un

valor apostólico digno de los tiempos antiguos, al mismo tiempo que poseyendo una gracia y amenidad de espíritu incomparables, fundó un instituto de mujeres en el que la clausura, abierta en medio del mundo, parecía más bien un transparente de hermosísimas flores que una reja de hierro. La separación del mundo y la austeridad eran en él tan grandes como en cualquiera otro instituto; pero no se veían y quedaban reservadas para agradar con ellas al divino Esposo; la reja permitía pasar la voz y las miradas, á fin de que los dolores y penas del mundo se oyeran dentro del claustro y para que una parte de las dulzuras de éste pudiera salir al mundo para aliviarlos. Tales fueron los monasterios de la Visitación, obra común del obispo desterrado de Ginebra y de una noble viuda francesa, la baronesa de Chantal (Santa Juana Francisca); y derramó Dios tantas bendiciones sobre ellos, que se multiplicaron en todos los países católicos y fueron una escuela maravillosa de suave olor, de virtudes, de buen espíritu, de amor y de acendrada piedad. La fe sólida de la Visitación y el justo crédito que las religiosas de la misma alcanzaron con su observancia y espíritu evangélico en la clase noble y culta de la sociedad del siglo XVII fueron quizá el obstáculo más fuerte é insuperable que encontró la herejía jansenista, la cual, aunque con la sagacidad y astucia que la eran propias supo invadirlo todo y penetrarlo, no pudo ménos de naufragar y fracasar ante ese umbral santo, inteligente y sencillo. En un monasterio de la Visitación, en Paray-le-

Monial, fué donde nació la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en una tierra donde no era enteramente desconocida, porque hay documentos antiguos fehacientes que hacen suponer que ya existía allí la expresada devoción. Pero las revelacio-

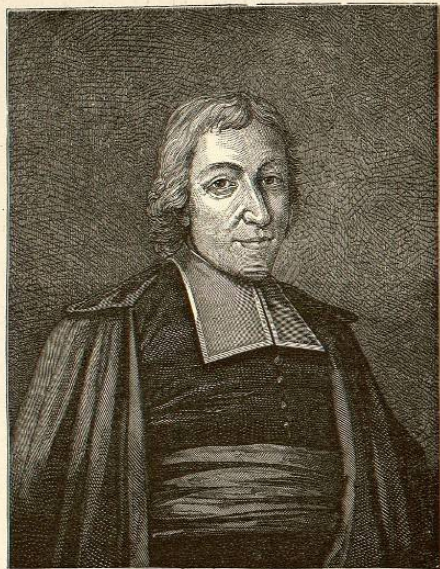


Lámina 139.—El bienaventurado La Salle, fundador de los hermanos de las escuelas cristianas. — Retrato de su tiempo, que se conserva en la casa de los hermanos, de Rouén, y data del siglo XVII.

nes que el mismo Jesucristo hizo á la religiosa sor Margarita María, que ha sido beatificada en nuestro tiempo, la dieron una vida y un esplendor que no se acabarán jamás.

San Vicente de Paul fundó las hijas de la caridad. Este san-

to sacerdote era hijo de un pequeño pueblo cristiano. Su vida milagrosa es ya notoria y popular, y, después de pasados casi tres siglos, es de los hombres que viven más en la memoria de las naciones. ¡Cuántas fortunas y sucesos se han eclipsado y cuántas reputaciones justas y de gran nombradía se han disipado ó periclitado completamente, mientras que la aureola que rodea á este pobre y humilde sacerdote no hace más que agrandarse más cada día! No hay nombre más conocido, más respetado ni que se tenga más presente que el suyo. Despreciando todo temor, y como si tuviera una firme seguridad de los destinos de sus hijas, las arrojó valerosamente en pleno día al medio del mundo, bien persuadido de que la caridad sería para ellas un velo suficiente para guardarlas, y que con ella andarían por el mundo un ángel, delante del cual huiría el demonio. Existen actualmente más de veinticuatro mil hijas de la caridad, extendidas por todos los países y bendecidas de todos los pueblos y de todos los idiomas. En ellas tiene la religión un obrero evangélico y un poderoso auxiliar y cooperador del apostolado. Ellas marchan á las misiones lejanas y á veces ejecutan trabajos tan formidables ante los cuales desmayarían los hombres. Al ejemplo de ellas han brotado en el fecundo y amenísimo jardín de la Iglesia cincuenta congregaciones de mujeres, en las cuales sólo el velo religioso constituye un claustro en donde no puede penetrar el espíritu de tinieblas, y una doncella, con su voto de castidad, de pobreza y de obediencia, es bastante fuerte para

vencer en medio del mundo las asechanzas que él tiende á sus virtudes.

En medio de ese esplendor y estado tan floreciente estaba, sin embargo, Francia incubando errores que habían de causar á la Iglesia tantos cuidados y amarguras como alegría y consuelo la proporcionaban sus santos. Esa es la condición y espectáculo continuo del mundo, el cual se pervierte y extravía cuando se halla en la prosperidad, y después que ha gozado y recibido innumerables beneficios de la Iglesia, su ingratitud aspira á destruirla. Según lo hemos visto frecuentemente, en esa sociedad se estaba formando una tempestad contra Dios y contra su Cristo, de quienes no podía recordar más que bendiciones y favores muy singulares. La impiedad no cesaba de conspirar, y el orgullo del rey la proporcionaba ocasión para ello y para presentarse bajo un disfraz que él no supo ó no quiso conocer, á pesar de que algunos buenos corazones, aunque tibios y tímidos, se la denunciaron.

Los eminentes Papas del siglo XIII no habían cesado de combatir un género de doctrinas, que en el fondo eran cismáticas y protestantes, que en Francia se llamaban las libertades de la Iglesia galicana, las cuales tendían á someter la Iglesia al poder laico; y ese mal tan antiguo fué el punto de partida de la nueva herejía. Mas eran á la sazón tales la gloria y el poder del rey, que Roma, temiendo provocar mayores males, creyó más conveniente no acometer de frente tan peligroso enemigo; ade-

más de que, cuando el protestantismo tenía todavía fuerzas tan poderosas, no era momento crítico de dar la señal de una guerra que podía poner en sus manos una gran parte de Francia ó quizá la nación entera. Los enemigos de la sana doctrina y de



Lámina 140.—Religiosa de la Visitación.—Diseño de M. Lafón, en Tours.

los puros principios se aprovecharon acertadamente de esa hesitación. Las libertades galicanas, predicadas y también practicadas al abrigo de mil usos y costumbres antiguos, y que contaban con el apoyo de casi todos los jefes y autoridades de la sociedad civil, penetraron también desgraciadamente en el cle-

ro, y en el año 1682 las adoptaron de una manera seria, formal y solemne, los obispos y los miembros que se decían mandatarios de las iglesias de Francia, reunidos en asamblea, con ocasión de un asunto de escasa importancia y cuya resolución no les pertenecía á ellos. El mismo año fué también la fecha oficial de la revolución, y desde entonces podían preverse muy bien todas las desgracias y todas las catástrofes que sucederían al fin del siglo siguiente.

Inocencio XI ocupaba entonces la Silla Apostólica con una magnanimidad y una nobleza que recordaban los más grandes Pontífices; y cuando los obispos de Francia le enviaron su declaración, no faltó á su deber, sino que reprobó el que por una pusilanimidad altamente reprehensible hubiesen abandonado la causa santa de la libertad de la Iglesia, y el que no hubiesen pronunciado y hecho oír una sola palabra en favor de los intereses y del honor de Jesucristo, sino que, por el contrario, se hubiesen cubierto de un oprobio eterno. Les exhortó á que se arrepintieran, y terminó anulando y dejando sin efecto alguno sus actos, ya nulos en sí mismos.

Desgraciadamente los obispos se obstinaron, y la perseverancia y prudencia de Roma no pudieron alcanzar de ellos más que satisfacciones ilusorias, quedando mientras tanto en vigor los principios galicanos, aún cuando, por un resto de temor ó de discreción, fuesen oficialmente desaprobados. El tiempo y el orgullo nacional les hicieron producir todas las funestas conse-

cuencias que esperaba de ellos el espíritu de la herejía, y que el Papa había previsto inútilmente. La vida religiosa se paralizó y llegó á ser muy pronto estéril, y la privación de la verdad corrompió las costumbres.

El acta de 1682 fué, en el orden religioso, el equivalente anticipado de la toma de la Bastilla, es decir, una insurrección hipócrita y baja, pero triunfante, del poder secular contra la Iglesia. No la determinó ningún movimiento popular, sino que el pueblo ignoraba hasta el móvil y estaba muy lejos de querer sus resultados, y ni siquiera tuvo conocimiento de su existencia. Fueron los legistas y los cortesanos quienes llevaron á cabo ese crimen contra la sociedad. Es preciso confesar que la mayor parte de ellos no tuvieron entera conciencia de él. El mismo rey el primero estaba muy lejos de saber adónde le conduciría y los males y deshonor que ella habría de causar á su pueblo, á su trono y á su familia. El orgullo le cegó, y á los demás les cegó el temor de desagradarle. Bossuet perdió allí más que su gloria. Él formaba parte de dicha asamblea, y fué el cómplice y el instrumento de ella. Bossuet, tan gran escritor, y, en cuanto á lo demás, digno de ser contado entre los grandes obispos, puso la mano en obra tan funesta, que, si bien marcaba bajo un concepto el apogeo del poder de la Francia, era, por otra parte, un presagio seguro de la caída rápida de la misma.

El jansenismo ganó todo lo que iba perdiendo el Catolicismo. Esta herejía sutil, condenada por la Iglesia y por el Estado,

no había hecho progresos en las masas, en las que sólo principió á introducirse cuando tomó el carácter de un fanatismo grosero. La fe católica no se envilece por enseñar á las masas; ella se simplifica y eleva, mientras que el sofisma de la herejía llega á ser brutal, y sólo cuando halaga directamente algún



Lámina 141.—Bossuet, autor del *Discurso sobre la historia universal*, en el cual expone la acción de Dios sobre los acontecimientos del mundo.—Grabado de Edelinck, que data del siglo XVII.

vicio es cuando consigue que la admitan los espíritus ignorantes.

El mismo retrato del jansenismo, dice José de Maistre, puede servir para el calvinismo. Calvino y Jansenio son dos hermanos; su semejanza es asombrosa, y no podrá engañarse cualquiera que la mire y la estudie. De hecho es la doctrina de la

fuerza, filosóficamente preconizada por el protestante Hobbes, que en las corrientes del siglo XVII dogmatizaba oscuramente en Inglaterra, pero que se haría célebre en el siglo siguiente. Hobbes se ocupó en divinizar la fuerza, único atributo que él reconoce en Dios, ó, más bien, el solo Dios que él adora. Este resorte solo movía, según aquél, el mundo moral en las diversas esferas y órdenes que le componen, y él solo es el principio de la moral y el alma de la conciencia. La justicia no es más que el poder, la ley es la voluntad del más fuerte, y la obediencia es el deber de sólo los débiles. La misma divinidad puede justamente castigar al inocente, y una necesidad férrea es la que dirige las obras y aún las determinaciones de las criaturas racionales. La sociedad principia por el derecho de cada uno sobre todas las cosas, y consiguientemente por la guerra, que es el choque de esos derechos; el poder nace de la necesidad de la paz, la cual no puede alcanzarse más que sometiendo esos derechos á un solo árbitro. Tal es la doctrina de Hobbes, llena de errores ya muy antiguos. Hobbes fué el precursor de Espinosa, que, si disimula en alguna manera su ateísmo, no es sino para manifestarle más claramente; y así, según observa el abate Rohrbacher, son la misma cosa Jansenio, Hobbes, Espinosa, Lutero, Calvino, Wicleff, Manes, Mahoma, pues todos se dan la mano y están inspirados del mismo espíritu para negar el libre albedrío del hombre y para hacer á Dios autor del pecado, ó, por mejor decir, para negar el Dios verdadero, el Dios

esencialmente libre que ha criado al hombre á su imagen y semejanza, y para hacernos adorar, como nuestro modelo, al primero de los dioses falsos, que es Satanás, aquel ángel rebelde y caído que no goza de libertad más que para obrar mal; y ese es el hombre que como tipo y modelo pretende darnos el jansenismo. Para conocer á fondo la historia de la humanidad y de la Iglesia de Dios, conviene no perder nunca de vista ese gran complot, ese gran conjunto de falsedades, de fuerzas y de consejos del infierno, que hacen esfuerzos para prevalecer y triunfar de la Iglesia y de su piedra fundamental. Ellos emplean la astucia, la hipocresía y la fuerza; pero Jesús dijo: «Las puertas del infierno no prevalecerán jamás.»

El jansenismo, previsto y combatido desde su principio por San Vicente de Paul y por el primado de la Iglesia de Francia, había sido ya condenado por una constitución del Papa Inocencio X, con la cual parecía haberse contenido y retrocedido en su progreso, y un generoso esfuerzo de los obispos pudo haberle destruído; pero desgraciadamente la declaración de 1682 y la perturbación que de ella se siguió en las relaciones de la Iglesia y del Estado fueron causa de que tomara incremento y de que se extendiese más su propagación. En lo sucesivo esa enfermedad debía tener y seguir su curso, y esa marcha terminar en la revolución. En los ánimos ya vilmente degradados era natural que las doctrinas anárquicas, absurdas y funestas de Hobbes y Espinosa, el uno protestante inglés y el otro

judío holandés, prevaleciesen sobre la enseñanza secular del Cristianismo, renovada en estilo bellissimo por hombres eminentes. Pero el más esclarecido de esos hombres había tenido la desgracia de caer en error sobre la obediencia debida al Jefe supremo de la Iglesia; su ejemplo era contrario á sus escritos, y el mal estaba ya hecho. Todo lo que él había obrado y edifica-

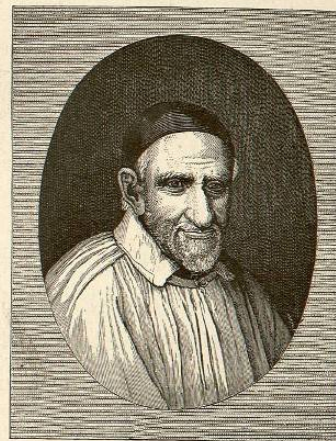


Lámina 142.—San Vicente de Paul, fundador de la congregación de los sacerdotes de la misión y de las hermanas de la caridad.—Conforme al grabado de Edelinck, y data del siglo XVII.

do se derrumbaba por el error de su conducta; y la frivolidad, la decadencia de costumbres y el libertinaje de su espíritu, que autorizaba el libertinaje de la carne, habían de servir de auxilio á Hobbes y á Espinosa.

El reinado, por mucho tiempo feliz, de Luis XIV (ó Luis el Grande, como le llamaban sus aduladores y como la posteri-

dad lo repite después de ellos) terminó en medio de desastres y de profunda tristeza. Tuvo su gloria, pero el éxito feliz le abandonó al rayar la aurora del nuevo siglo que Luis XV iba á realizar. Á la sazón Voltaire había ya nacido, y la Francia, lejos de levantarse, se había hundido más en los placeres efímeros y miserables. La fe permaneció en el pueblo, pero desapareció de las clases elevadas, en donde reinaba la impiedad más insolente.

GUERRA DEL SIGLO CONTRA LA IGLESIA

El siglo XVII había sido, si no el más delicioso, al ménos el más glorioso de Francia; pero el XVIII fué el oprobio de ella y del mundo entero. No hay época alguna más lamentable, pues aunque había pasado la sociedad por el siglo de hierro, no tuvo el carácter de cinismo y de perversidad que el siglo XVIII, que puede llamarse con razón el siglo de cieno y de inmundicia, porque en él todo quedó manchado, y todo desaparecía al mismo tiempo: la religión, el arte, la literatura, la política, la justicia de la guerra, y en ningún país del mundo fueron tan señalados como en Francia esos rasgos tan repugnantes. Las demás naciones seguían las huellas y se cubrían del descrédito de Francia. Todo en ese siglo era ligero, mentiroso, declamador, lleno de sofismas, de irracional soberbia y de afrentosa y desordenada lujuria. El deísmo y el ateísmo lo invadían todo y se infiltraban por todas partes. No hay en él ni un rey cristiano, ni

un gran monarca, exceptuando á María Teresa, emperatriz de Austria, y ésta combatida por su familia, por sus ministros y por su corte. Los santos fueron muy raros, despreciados y políticamente reputados por nada. Se ve en Italia á San Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas, y en el reino de Nápoles á San Alfonso M. de Ligorio, fundador de los redentoristas y autor de obras casi desconocidas entonces y que hoy han llegado á tener gran aceptación y á ser muy populares. Se distinguía también un mendicante, de nación francés, pero domiciliado en Roma, en donde estuvo casi completamente desconocido hasta los momentos de su muerte; y fué Benito Labre, que ha sido beatificado por Pío IX. Si sus contemporáneos de Francia hubieran tenido noticia de su nombre y de sus virtudes, no hubieran hecho más que silbarle y burlarse de él. Francia no tenía santos, ni quería ver resto alguno de ellos. El único milagro que pudiera decirse hubo en ese siglo fué el no haber santos ni milagros. Hacia fines del reinado de Luis XV, una de sus hijas, Luisa de Francia, tomó el velo en el convento de las religiosas carmelitas y llevó en él una vida santa y edificante; pero fué el ludibrio y la irrisión de la corte. Mientras tanto Francia, riéndose, deja perecer á la Polonia, es derrotada en las batallas y ve engrandecerse las naciones protestantes, y con una carcajada de risa precipita la ruina material y moral de sus antiguos y más insignes monasterios. El arte no es más que una pura obscenidad, la literatura una blasfemia y una infamia; el sofisma absurdo y